



LA MORIAE DE ERASMO O EL SINTHOME DE LACAN

JAIRO BÁEZ

RESUMEN

Quinientos años separan a Desiderio Erasmo de Jacques Lacan; dos registros precisos, insignes de cada uno, *Elogio a la locura* y *El Seminario 23. El sinthome*. La lectura de ellos lleva la interrogación postrera a la locura (la moriae) como dispositivo de vida. ¿Puede existir el ser parlante por fuera del lenguaje y lograr alguna vez el real-real y con ello, el habitar en la verdad absoluta? La locura y el sinthome responden: no es posible vivir más que en el lenguaje, en un discurso, que no por empoderarse deja de ser un paliativo a la falta constitutiva, que tiene como único mérito el permitir una existenciariedad. La locura, siendo otra cosa, siendo un dispositivo de vida que hace ver, creer y actuar al ser parlante, sigue mostrándose como la única opción. El sinthome sería ese neologismo lacaniano que refrende la moriae.

Palabras claves: locura, moriae, sinthome, existenciariedad, dispositivo de vida.

ERASMO'S MORIAE OR LACAN'S

SINTHOME

ABSTRACT

Five hundred years separate Desiderius Erasmus of Rotterdam from Jacques Lacan. Two precise records, one famous from each one; *In Praise of Folly* and *The Seminar: Book XXIII Le Sinthome*. The reading of both of them carries the ultimate question of *the Folly* (Moriae) as a device for life. Can the speaking being exist outside the language and ever achieve the real-real; and with that, to inhabit in the absolute truth? Both readings answer: there's no possibility else than living into the language, in a discourse that not for becoming empowered, stops being a palliative to the constitutive failure, that as only merit has the allowance of



aBefindlichkeit. The Folly, being another affair, being a device for life that makes the speaking being to see, to believe, and to act, remains the only option. *Sinthome* would be that Lacanian neologism that would countersign the moriae.

Keywords: folly, moriae, sinthome, existence, life device.

El precursar se revela como posibilidad de comprender el más peculiar y extremo poder ser, o sea, como posibilidad de una existencia propia. (Heidegger. 2010:286)

En este justo momento me es difícil diferenciar moriae, nombre propio, sinthome, dispositivo de vida y discurso.

Como muchos otros aplazamientos que he tenido en mi vida, con autores que a la postre consideraré importantes en mi hacer y rayarán con mi existencia, por ejemplo, Lacan, Freud, Derrida, hoy leo a Erasmo para mirar que nos depara el encuentro. Recomendado hace algunos años por algún asesor y buen amigo, no lo quise incluir en la tesis de doctorado. Empieza la aventura; no sé qué puedo encontrar, los preliminares señalan buenos vientos; la realidad no sé qué busco ni tampoco sé que voy a encontrar. De antemano nos une un significante: la locura.



Quinientos largos años han pasado desde que Erasmo escribió su *Encomium moriae*; quinientos años después estoy leyendo su texto. Dos deseos en espacios geográficos distintos y tiempos cronológicos diferentes, un significante común.

Para leer *Encomium moriae* debo empezar por dejar la literalidad con la que se acompaña el celo a la verdad. Creer que por leer al pie de la letra se está captando la esencialidad de la exactitud, no deja de ser más que un ejercicio propio de aquellos que olvidan que la única posibilidad de acercarse a la certeza es la enunciación y no el enunciado; propio de los que olvidan que nada es entendible si no se enmarca dentro de un discurso y que un enunciado, cualquiera, es el menos que lo puede representar. En tal sentido, prefiero adecuado mirar desde las distintas figuras literarias (*tropos*) que permite un lenguaje para acercarnos al sentido del texto que nos acompaña; la alegoría, la alusión, el anacoluto, la antanaclasis, la antagoge, la anticipación, la antítesis, la antonomasia, el apóstrofe, la catacrexis, la comparación, la concesión, la deprecación, la dubitación, la elipsis, el enigma, la epanortosis, la epístrofe, el eufemismo, la hipérbole, etc., dicen más, se acercan más, que la literalidad con la que hoy, más que nunca, queremos leer los textos en defensa de la certeza de lo dicho. Dejar que el texto hable es un propósito que supera el neurotismo que despierta el celo por la objetividad del texto. El acto de interpretar es inherente al ser humano; entonces, por qué insistir en querer ver simplemente lo vidente y soslayando lo evidente; por qué no enterarnos que habitamos en el tropo literario.



Imagino las conversaciones de intelecto profundo, cargadas de sátira a lo social entre Tomás Moro y Desiderio Erasmo, que nunca podrían hacerse públicas debido al terror que la censura medieval imponía. Pero, como años después lo va a dejar explícito Sigmund Freud (1915/1985), la represión nunca será capaz de estrangular un deseo; la represión no tiene otro camino que otorgar subrogados; el desplazamiento y la condensación serán las caminos para realizar el deseo, para decir lo prohibido; para señalar las inconsistencias del discurso imperante y, de por sí, de todo discurso humano. Avanzado el tiempo, otro psicoanalista, Jacques Lacan¹ nos va a informar sobre el poder de la metáfora y la metonimia como únicas posibilidades del ser parlante para realizar su deseo. Sin censura no hay deseo y sin deseo no hay censura; por ello, considero que estos dos colosos de la reflexión, escondidos en la intimidad que las paredes otorgan, darían rienda suelta a sus cáusticas críticas para con todo lo que se le arrojaba a sus ojos: una realidad cargada de hipocresía y castigo, opulencia y miseria, santidad y oprobio, tiranía y sumisión, religión y política. La conexión es clara, andando por los caminos, en la soledad y sólo con sus pensamientos, Erasmo concibe la idea, de escribir un texto jocoso, con un significante concebido: *Moria*; aquel que rápidamente, nos hace saber, tiene relación directa con el apellido de su buen amigo Tomás *Moro*. El loco carga su apellido, el nombre propio es propio porque enuncia la esencia del ser: Moro es el moro, loco es el moro, Moro es el loco, loco

¹ Sería un error, desinformaría más que informaría, señalar un solo texto de Jaques Lacan, como referente para todo el trabajo elaborado en torno a la metáfora y la metonimia en el trascurso de su obra. Pero sí para empezar se trata, el *Seminario 3*, será el referente.



es el loco. Quien escribe tal vez no sea quien habla. Puede que Erasmo solo haya sido el secretario del Moro; así como tiempo después Jacques Lacan, especialmente, a finales de su obra, azuzara a los psicoanalistas a ser secretarios del loco; en lo que dice el loco hay cosas que vale la pena escuchar. En el Moro hay algo, que tal vez, solo tal vez, Erasmo escuchó para dejarlo plasmado en este corto y gracioso texto, para el que únicamente necesitó siete días para su escritura. Aún hoy podríamos volver a reescribir o releer *El Chiste y su relación con lo inconsciente* de Freud (1905/1985), y nada habrá de decirse de nuevo; lo mismo, aún podemos leer o volver a escribir el *Encomium moriae* de Erasmo y tampoco vamos a encontrar nada nuevo, pues en lo que versa sobre propuestas de mejora social, y luego al hacerse realidades, toda verdad acerca de ellas termina en un chiste.

Que la *moriae* trae con ella la alegría, eso ya Erasmo (1511/1975) lo sabía; pero vale la pena preguntar si acaso el chiste, alegre por excelencia, no es ya una *moriae* y la existencia, cualquiera que esta sea, como *moriae* que es, no es también, por antonomasia, un chiste. Loco el chiste porque el desacierto y la paradoja se encuentran allí y hace reír; chistosa la *moriae* por lo mismo, por desatinada y, en apariencia, incoherente. Chistosa y loca la existencia se torna cuando se analiza con mayor detalle; la coherencia y la consistencia de la que se hace gala en el existir se pierden para dar lugar a la falla, a la eterna falta humana, que hace imposible que algún hombre pueda abrogarse la verdad en su



decir y su rectitud en el hacer. Ser coherente y consistente es lo que le falta a cualquier existencia; ser incoherente e inconsistente es lo que se le señala a la *moriae*; la falta de coherencia y consistencia es lo que hace que algo sea un chiste. Y todos tres, por separado o en su conjunto, hacen reír; por no decir que, al final, hacen llorar. Erasmo entiende que, escuetamente ubicado en el campo del descrédito de lo verídico, puede enunciar postulados con talante de verdad. Por ello acude a dónde siempre el vulgo ha ubicado la *moriae* imaginariamente: en el chiflado, el disparatado, el tonto, el bufón y todo aquel lugar donde el orate hace su presencia en cuerpo, Erasmo se paró para decir cosas al mundo y a sus gobernantes, y que ninguno de los dos quiere oír. Esto le permitió, darse larguezas para decir verdades que solo en chiste pueden ser pronunciadas.

Para escuchar la *moriae* se necesitan orejas de burro decía Erasmo; no tenemos certeza de que tanto escucha el jumento con sus grandes y puntiagudas orejas, pero éstas le han servido para soportar la tiranía de quien lo esclaviza. Los entendidos aseguran que sus orejas le ha servido para la sobrevivencia y evitar el hacinamiento, haciéndolos solitarios. El burro, aunque leal y trabajador, ha tenido que soportar el endilgo de su torpeza e ignorancia; animal noble, dónde la calumnia hace su blanco, pues no es tan claro que sea todo ese peyorativo con el cual se nombra y no justifica tampoco el hecho de su longeva vida. Sea pues el escuchar, algo esencial para poder vivir; y esta sea la razón por la cual Erasmo creía que para escuchar la *moriae* se necesitara orejas de burro. Así, será



esencial a quien quiera vivir, escuchar alguna vez la *moriae*. La *moriae* de Erasmo habla desde su interior mismo y no adoba su decir con el falso objetivismo del que hace gala el cuerdo saber; y desde ese interior dice cosas que no es grato escuchar, porque avergüenza el mismo interior de los cuerdos; les muestra sus fallas, sus inconsistencias, su fantasmagoría, que quiere hacer pasar por la real realidad.

Porque considero que la *moriae* ha sido en todos los tiempos la única posibilidad de existenciaridad, es que tomo en serio el lamento de la *moriae* de Erasmo de que nadie haya visto su positividad. Sí, la *moriae* ha sido, y lo seguirá siendo, la única posibilidad de existenciaridad; y lo seguirá siendo mientras no sea posible franquear de una vez por todas el acceso a lo real, a la cosa en sí y a la existencia de algún ser humano en la certeza. Hasta el momento, todo discurso de verdad queda reducido a una ideología impostada de absoluto saber e impuesta por la fuerza de un poder; hasta ahora el acceso al real absoluto no ha sido viable y mientras esto siga sucediendo, no quedará más recurso que una *moriae* que se instituye como una forma de existir. En este sentido, el debate sobre la sana existenciaridad se debe dar en el terreno de la *moriae* y en ninguno otro más; pues no habrá forma de abordarla en el campo de la cordura pues ésta, sea la que sea, siempre será una *moriae*. Es justo concordar con Erasmo, que la *moriae* es lo único que une a los humanos. "Yo soy, pues, como veis, aquella verdadera dispensadora de bienes" (1911/1975, pág. 100). Es el hombre sabio y toda



sabiduría, un loco y una *moriae* bien intencionados y sólo comprensibles en el marco de la existencia, en el contexto de la necesidad de existir. Si en toda *moriae* y en todo loco, hay un saber para la existencia, entonces el problema no es la *moriae* ni el loco; el problema asumo, ha de estar, por un lado, en el poder y la fuerza con la que se quieren imponer unos *sinthomes* sobre los demás y, por el otro, en la debilidad de algunos al aceptar una *moriae* como verdad irrefutable y contundente.

En cuanto se corrobora que no ha sido posible allanar el camino al real absoluto, no queda entonces otra opción que vivir en la *moriae* e inventar *sinthomes* que puedan destronar otros que se han empoderado de la forma como se relacionan normal y cotidianamente los mortales humanos. La *moriae*, en tanto mundo de ilusión, es la única posibilidad de convivencia con el otro que se materializa, se imagina y se comparte. Cuando no hay posibilidad de percibir el real absoluto, no queda otra decisión que vivir en la invención, que por excelencia es loca; esto es, distorsionante de lo real y, por antonomasia, falsa de una realidad de la cual no se puede dar fe en la certeza. En esta lógica, nadie podrá asumirse no loco, por más que comparta con otros su concepto de realidad; mientras no se encuentre esa panacea, ese instrumento, capaz de horadar el obstáculo al real absoluto, nadie está exento de ser nombrado loco. Toda realidad, en tanto invento y descartada como descubrimiento, es por sí misma delirante, distorsionante y falsaria de la realidad absoluta y verídica. Toda realidad es y será loca. No hay



saber que haya podido sobreponerse a la *moriae*, todo saber termina siendo una *moriae* bien o mal fundamentada. Que el saber cura de la *moriae* habrá de matizarse con la suplementaria afirmación de que una *moriae* cura de otra *moriae*. Un saber tal, imaginario como cualquier otro, cura de otro saber que de antemano se considera falso. Así se puede afirmar que no existe negocio entre humanos que no sea una *moriae*; toda práctica del humano deviene de un discurso delirante; toda práctica se sostiene en una ilusión de verdad, nunca en la verdad. Sin símbolo no hay hombre; sin símbolo no hay *moriae*; sin *moriae* no hay hombre. Aquello que lo enaltece es lo mismo que lo condena. La cadena de símbolos, el lenguaje, es aquello que lo hace hombre y, en cuanto la cadena está hecha de símbolos, toda existencia es ficticia, toda existencia es delirante. Si ser mamífero correlaciona con ser simbólico, entonces no solamente los hombres tienen una existencia en la *moriae* y, sin embargo, si el hombre se ufana, por excelencia, de ser simbólico, entonces, también, debería alardear de ser la máxima expresión de la *moriae*.

La falta de un asidero absoluto e incontrovertible para franquear el camino a la real existencia es lo que ocasiona los *sinthomes* existenciaros del hombre. Formas de existencia variables y combatientes entre sí, son el producto de la imposibilidad de explanar el camino a la verdad y con ella a una existencia posible en la verdad. Toda existencia queda reducida a la aceptación arbitraria de unos cuantos axiomas que permiten la construcción de un discurso para poder existir en



él. Variados discursos: materialistas, idealistas, espiritualistas, socialistas, liberalistas, científicistas, etc., se autoproclaman como la única forma de existencia y se abrogan la tenencia de la verdad. Discursos cualquiera que terminarán por imponerse arbitrariamente y por la fuerza bruta más que por los efectos de la razón. Purgas, exterminios, genocidios, inquisiciones, exclusiones, escarnios, en lo humano, es lo que ha caracterizado y caracteriza el anclaje de un discurso que se imposta como verdad categórica. Peyorativos, insultos, devaluaciones, despectivos, improperios, burlas, injurias, es lo que reciben los otros discursos cuando uno de ellos se impone; o es lo que se lanzan mutuamente, en su confrontación y sus deseos de empoderamiento y normalización de las relaciones humanas.

Erasmus (1511/1975) antepone como prueba de la *moriae* humana, la inconsistencia entre lo enunciado y la práctica social y subjetiva. Esto sería, entre el discurso y la práctica que lo debería amparar o, en un lenguaje mucho más actual, la disparidad entre lo político y la política. Lo que llamó con bastante ímpetu la atención de Erasmo, era ver como ningún discurso se correspondía con la práctica social y subjetiva de aquel o aquellos que lo promulgaban. No hubo discurso en su época que encontrara consistente y coherente; ni política, ni religión, ni saber, ni arte, ni amor, ni amistad, ni ética, ni pedagogía, ni etc.; todas ellas mostraban su inconsecuencia con el discurso que las sostenía. No encontró un solo practicante de su oficio que correspondiera con su decir. El engaño al Otro



y el engaño a sí mismo era sinónimo de *moriae*, para Erasmo. Y lo que podríamos decir hoy, es que el engaño es constitutivo de ese ser que habla y que en tal medida, podríamos poner ahora la mira en aquellos que lo hacen bajo una articulación reflexionada y aquellos que lo hacen sin el menor asomo de cavilación; aquellos que se auto-engañan y aquellos que buscan engañar de forma cínica y, sin embargo, poder llegar a la ineludible convicción, después de un detenido análisis: todo ser que habla, por excelencia se engaña. Poder plantear que no hay forma de eludir el autoengaño y que, por tal guisa, todo hombre está condenado a la *moriae* así y pudiese entrar en el rigor de amparar cada una de sus prácticas en un discurso preciso y enunciado. Engaño entonces, que pasaría de lo chabacano y grotesco, por su inconsistencia, a lo difícilmente percibido a simple vista y reflexión, por la consistencia y coherencia entre el enunciado y la enunciación; entre lo dicho y lo hecho, por acto de deliberación constante.

Que la *moriae* de Erasmo, asuma su génesis en la riqueza y la juventud, tiene un sentido preciso en el campo de la existencialidad. Lo que mueve a la creación de *sinthomes* es la necesidad de vivir y para ello, con seguridad se requiere un sistema de producción de bienes y servicios. Y que sea la juventud el mayor almacén de *moriae* se justifica en que el joven mismo no tiene su futuro vital asegurado mientras el viejo, mal que bien, ha hecho y acomodado ya su existencia a una previamente creada o alguna *moriae* antes existente. No es que la juventud sea loca; es que a la juventud le es preciso por obligatoriedad ser loca



ante las exigencias y las inclemencias de la existencia en un sistema vital, existencia en una *moriae* instaurada de antemano por otros, y en el que no encuentra la juventud su lugar de placer y conformidad. Hacerse a un lugar vital es lo que incita a la juventud a la *moriae*; a proponer nuevos sistemas de producción vital.

Y que la mujer sea denunciada por Erasmo como otra fuente y causa de la *moriae*, es de reflexionar también. Ella es la máxima expresión de la *moriae* humana y ella es la única capaz de engendrar en el hombre la más extrema *moriae*. Su encanto y parte de su belleza es, a criterio de Erasmo, inexcusablemente su *moriae*. En tanto bella es loca la mujer; en tanto loca es bella y hace enloquecer con su belleza al razonable hombre. La pregunta por la belleza, qué pregunta tan difícil. Si se hapreciado de fundamental para la construcción del proyecto social y del sujeto, por qué se hace imposible de responder con una noción al menos cercana, qué es la belleza. Desde el viejo enunciado socrático de que la belleza es una cuestión difícil de responder, las respuestas han pasado por definiciones tan superficiales como sesudamente dictaminadas pero, a la larga, poco o nada ilustrativas. Pareciera y los indicios redundan a que el hombre sabe muy bien lo que es la belleza pero que no le es posible hacerla pasar por el plano del lenguaje; pareciera que el hombre hace hablar la belleza y habla desde la belleza y, sin embargo, no puede articular un lenguaje en torno a ella (diferencia que hace Martin Heidegger, 1927/2010, entre



el habla y el lenguaje). Basta con recordar rápidamente a aquel escultor, Javier Marín, artista mexicano, declarando que se ríe de los críticos de arte, que le producen mucha risa; pues estos enuncian cualquier cantidad de afirmaciones sobre la construcción y origen de su obra, que jamás han pasado por la cabeza de él; su obra artística emerge más allá del lenguaje; su obra, estética por excelencia, habla en él; lo hace su instrumento para manifestarse; no lo deja dormir, no lo deja en paz hasta que no emerge en el plano de lo real comprendido socialmente. Hoy podríamos afirmar, de belleza sabe el inconsciente.

Indudablemente Erasmo, la *moriae* le aporta todo lo necesario al mortal humano (1511/1975, p. 106). Ella es el *aleph*, el principio y el fin, el bien y el mal, la mentira y la verdad, la vida y la muerte; la razón del ser. Y aun así, lo que en esencia aporta la *moriae* es la vida; la vida que trasciende un estado perpetrado como si fuera real y, exclusivamente lo vital, pero que en el fondo esconde la verdad de la muerte: el anquilosamiento en una forma no certificada de que sea la real existencia. El eterno movimiento hacia la verdadera existencia, es lo que propone la *moriae*; por ello habrá de catalogar como calumnia toda intención de verla como la causante de la muerte y la maldad humana, en una lectura tan ligera. Allí donde alguien pueda ver el malestar en la *moriae*, debería ir al reverso de ella, porque allí va a encontrar con seguridad una propuesta de bienestar vital humano. La *moriae* solo aparece ante un estado de incomodidad y displacer que ocasiona la manifestada sanidad; en tal sentido, se comprenderá la vitalidad y la



creatividad de la *moriae* y su aporte al bien humano. La vida no es comprensible sin placer y el placer deviene necesariamente de lo novedoso, adviene con la creación; y ello, vida, creación y placer, son los dones que quiere donar la *moriae*.

Impresionante corroborar que Erasmo (1511/1975, p. 152) ya había dicho casi quinientos años antes lo que Lacan (2006) va a afirmar categóricamente después de haber trasegado por el psicoanálisis. Dos hombres en momentos distintos apostándole a objetos distintos, llegan a concluir lo mismo. Dios y el Inconsciente, que los convoca por separado para arribar a una misma conclusión. Lo propio del hombre es la *moriae*, el hombre es loco por naturaleza. La pregunta por el origen del hombre y la pregunta por el origen del conocimiento, si se es honesto con el hombre y el conocimiento mismo, irremediablemente nos deberían llevar a esa afirmación: solo hay una explicación para lo inexplicable, para lo insondable, lo ominoso, para lo que se rehúsa a nuestro entendimiento y comprensión: esa explicación frágil por esencia, que suple la explicación genuina y acabada; solo y merced a esa falsa explicación la vida humana sigue manteniéndose, muy y a pesar de los señalados sufrimientos y padecimientos que se le puedan endosar.

En tal sentido, enunciar como Nietzsche (1883/1986), que dios ha muerto es enunciar que la verdad le es esquivada al mortal humano; y cuando esto sucede no queda otro recurso que aceptar la *moriae* como único regulador y controlador del hombre y sus relaciones con el otro. Ante la ausencia del ser supremo, no



queda otro recurso al hombre que la *moriae* como medio de apropiación y responsabilidad de su existir. Cuando se busca la verdad, lo esencial que se encuentra al final son *sinthomes*; *sinthomes* más o menos elaborados, cuando se miden en su ímpetu vital. La felicidad existencial no está dada para el hombre; tampoco ha sido allanado el camino a ella; entonces, justo es refrendar que la *moriae* emerge como única posibilidad existencial. Si dios ha muerto, si la verdad le es negada al hombre, la existencia humana no es una en la verdad, y emergerán de la *moriae* diferentes existencias que la suplan. En tal sentido habrá de entenderse el paso de la existencia a unas existencias; el paso de la existencialidad a la existenciaridad. Además del paso de la existencia en la verdad al paso de las existencias en la utilidad; en lo que es útil a la vida humana y en contraposición a lo que es destructivo.

¿La *moriae* se diferencia en algo de la ilusión? Se había dicho no, parece ser que no. Toda ilusión es una *moriae*, por más articulada que se encuentre en la lógica en la que se halla subsumido un discurso; fundamentados en la posibilidad analítica y sintética del discurrir, temprano o tarde se verán sus fallas que irremediablemente lo ubicarán en el plano de lo loco, de lo disparatado. *Moriae* e ilusión están hecho de lo mismo, más cuando se asume que no existe un norte a dónde llegar cuando se trata de arribar a la verdad; si la verdad es una construcción ante la ausencia del acceso al real indiscutible, toda *moriae* es una ilusión y toda ilusión una *moriae* justificada en aras de la existencia. Que la ilusión



es un error en la percepción y la alucinación, una falsa percepción, es bastante discutible. ¿Quién podrá percibir con certeza lo que no emerge por antonomasia, quien podrá percibir más allá de lo que él mismo hace emerger? Esta distinción sólo es posible en la preconcepción de una realidad absoluta e independiente del observador, axioma ya bastantes puesto en entredicho. Por tanto válido enunciar que se vive en la ilusión, que se vive en la *moriae*.

Entonces, no se trata de verdades, se trata de *sinthomes* que permiten vivir juntos o separados. Los que se parecen y en la medida que se parezcan más, compartirán una *moriae* y vivirán en ella; los que no se parecen, a manera recíproca, se repelen y vivirán en *sinthomes* distintos. No es una *moriae* lo que los hace idénticos; es algo previo que les permite compartir la misma *moriae* o separarse de ella cuando dicha identificación no emerge. Lo previo es el gran misterio, lo previo está por investigar; lo previo instituye o derriba los *sinthomes* que permiten la existencia. Que lo previo sea el sentirse imperfecto y sentir imperfecto al otro (Erasmus, 1511/1975, p. 106), está aún por discutirse con mayor profundidad. ¿Es pues la misma falta percibida lo que permite compartir *sinthomes* y es la distinta falta lo que ocasiona nuevas *sinthomes* y destronar *sinthomes*? Valdrá la pena volver sobre ello; volver sobre esas necesidades distintas que hacen florecer *sinthomes* y sobre las necesidades iguales que hacen instalar y hacer perdurar a una cualquiera de las diferentes ilusiones que permiten establecer una forma de lazo social. Volver sobre esas faltas, sobre esas



necesidades inconscientes de las que ni los mismos sujetos pueden dar respuesta desde su razón y que, cuando las dan, solo las pueden esbozar desde una misma *moriae* o, en su defecto, en *sinthomes* dispares.

Sí, la *moriae* es lo único que se ha mostrado capaz de sostener la existencia humana. No hay peyorativos, ni es un peyorativo enunciar que la *moriae* permite la existencia; es lo más práctico para existir. El real sería insoportable para el mortal humano si no fuera por el soporte que le brinda la *moriae*; ella le aporta esa ilusión y esa esperanza de poder controlar su caótico trasegar en la mismidad y en la relación con el otro. Bien hace el mortal al enloquecer porque la otra salida que le quedaría sería la muerte: por antonomasia otra *moriae* aún más incierta. Entonces, lo cuestionable no ha de ser la *moriae* sino cierto tipo de *sinthomes* que sobresalen por la ramplonería y que ponen en entredicho su potencia vital; toda *moriae* deberá pasar ahora por el canon de la efectividad vital y con ello apuntar al discernimiento ético: discernimiento que necesariamente habrá de converger en el campo de la inteligencia, concepto de por sí ya en desuso pero que podría rejuvenecerse y actualizarse en el campo de lo práctico y ventajoso para la vida humana. Esto es, que ser inteligente sea promover mediante una *moriae*, la extensión y profundidad de la vida; la vida humana, por supuesto, asumiendo este criterio con la total desfachatez que surge de lo cínico y la arbitrariedad de la prepotencia humana. Que hay diferencias entre los hombres y sus diferentes *sinthomes*, es innegable; incluso, no está de



más la afirmación de que la diferencia es lo que hace a los hombres; no obstante, lo que los diferencia no es la *moriae* en sí misma. El chiflado, el tonto, el idiota, el indigente, que golpea nuestros sentidos y nombramos así, genéricamente, loco, no se diferencia de aquel que lo percibe, precisamente, por su *moriae*; con seguridad hay o habrá algo que ocasione la diferencia; algo que, efectivamente, está del lado del lazo social y la subjetividad. Sea pues el ἦθος (Ethos) y no la ἐπιστήμη (Episteme), lo que esté en juego cuando se pone el foco en la diferencia entre los hombres.

Error que no ha cometido la *moriae* de Erasmo (1511/1975, p. 145), es creer que el loco es gobernado por las pasiones y el sabio por la razón. Luego de años recorridos, el psicoanálisis puede enunciar con mayor probabilidad de articulación práctica, lo mismo que dijera entonces Erasmo: que la pasión gobierna todo asomo de razón y que por ello no sería posible la distinción entre *moriae* y sabiduría pues ambas estarían fundamentadas en lo mismo: pasión que azuza a la razón y, razón que crea conocimiento, que crea *moriae*. La crítica, por tal, no estaría encaminada a contraponer *moriae* a razón sino a mostrar y argumentar sobre los efectos prácticos de las distintas sabidurías; o más exactamente, manifiestos *sinthomes* que son presentados como sabidurías acabadas y dictadas por acto de razón y aparentemente, libre de toda pasión. Este fue un acierto de la *moriae* de Erasmo, no compartido por todos los defensores del iluminismo, que van a sostener que la razón será el lugar para la



emancipación de la mentira y la falsedad. Que la luz, que nos brinda el uso de la razón y la abstención reflexiva en ausencia de las pasiones, nos hará libres de la equivocación y la falsedad y, en consecuencia, al lograr la verdad depurada, la felicidad humana afloraría. Error que perdura, a pesar de haberlo dicho antes y después de la venida de la luz de la razón, creer que el auténtico conocimiento no contiene nada de pasión ni emerge de las pasiones.

Hay diferencias entre los *sinthomes* que vivencian los hombres, pero no existe nada que pueda oponérsele a la *moríae*. Al igual que no sería posible hablar de *sinthomes* buenos y *sinthomes* malos, porque todos ellos tienen, como cualquier acontecer cuentan, sus beneficiados y damnificados. Nadie crea *sinthomes* bajo la egida del mal; todos ellos, emergen en el terreno del supuesto bien; solamente que con el asumir de una tal *moríae* en la práctica, se le señalan, sea desde afuera o desde el mismo adentro de su constructor los, igualmente, supuestos pero percibidos desaciertos. Esos desaciertos, invariablemente arbitrarios y arbitrados por un juicio de valor, son lo que van a dictaminar la diferencia entre las unas y las otras. Los supuestos *sinthomes* malos son las que se ponen en entredicho; no obstante, la supuesta maldad de una *moríae* solo surge en el seno de otra *moríae* y el marco axiológico que la defiende en sí misma. En tal sentido, las afirmaciones posibles son: o que todos los *sinthomes* son malos, vistos desde otra *moríae*; o que todos los *sinthomes* son buenos vistos, igualmente, desde otra *moríae*. Adscripción a esta última que asumiríamos en



todos su rigor, en tanto se concibe que en toda *moriae* subyazga la defensa a la vida humana. Así las cosas, el juicio de valor y no la verdad es lo que determina qué sería una *moriae* posible para vivir un humano y en donde puedan convivir juntos algunos humanos. Algunos, en cuanto se descarta la posibilidad de que pueda prorrumpir una *moriae* compartida universalmente por la misma emergencia de juicios de valor negativos en el seno de una *moriae* instituida.

De otro lado, una forma más de diferenciar los *sinthomes*, es aquella que permite mostrar cuál logra colectivizarse y cuál otro no. No por compartir una *moriae* se deja de ser loco; pero sí dice y puede decirnos mucho de esos *sinthomes* que son compartidos y aquellos que no logran o lo logran en grado mínimo. Podría pensarse, su potencial de colectivización de hombres en torno a la utilidad que pueda cada uno de ellos encontrar en dicha *moriae* y, en contrapuesta, aquellas de poca utilidad. Utilidad entendida en términos de una concepción de lo que es la vida, sus deseos vitales y posibilidad que ésta se la brinde en mayor o menor medida. Utilidad entendida a la manera como Jeremías Bentham (1776/1985), lo promulga cuando se refiere a sistemas de gobierno y leyes instituidas en un Estado o que, desde otra óptica, Sigmund Freud muestra en términos de la economía pulsional que domina a los hombres en su psiquismo. Así, la ganancia que saca cada uno de los hombres de la *moriae* ofrecida pueda ser lo que diferencia a una *moriae* de otra; ganancia ilusoria del real que ancla a mantener la *moriae* o instituir otra como forma de lazo social. A quienes viven una



moriae ajena no les importa realmente lo veracidad y, posiblemente, a ningún hombre, exceptuando a un puñado que llega rápidamente a la misma conclusión: la imposibilidad de acceso a la verdad. En su mayoría, -representada en que son más los hombres que viven en *sinthomes* ajenos que en los suyos propios-, los hombres solo quieren satisfacer sus deseos de forma imaginaria, y eso hace que el celo por la verdad pase a un segundo plano o se desconozca en su totalidad. Sean pues los locos que creen aún en la verdad los que promueven nuevos *sinthomes* y sean ellos mismos los primeros engañados en cuanto a sus verdades promovidas, cuando no llegan a la fatídica conclusión.

Simplemente los hombres que no le temen a la muerte son quienes pueden proponer nuevos *sinthomes*; mientras, el hombre que le teme a la muerte, se verá obligado a vivir la *moriae* del otro. El nuevo *sinthome* corresponde con aquel que decide dejar de existir para un estado vital con el cual no está conforme; la real muerte es esa, aquella que va más allá de la muerte de un cuerpo orgánico y promociona una nueva *moriae*, una nueva forma de existencia. El que le teme a la muerte adoptará una *moriae* ajena, no importa que tan descabellada sea, siempre y cuando encuentre de forma imaginaria la protección para su ser. Que los narcisistas son los que fundan los *sinthomes* con el riesgo de que otros los vivencien junto con ellos, lo ha dicho Erasmo (1511/1975, p. 152) y lo ha dicho Freud (1914/1985). Sea pues la explicación porque el amor propio se percibe exacerbado, por el desengaño en una *moriae* que no brinda la satisfacción a



deseos y necesidades de un sujeto en particular. Puede que no sea, obligatoriamente, que éste tenga más amor propio que aquel que decide vivir la *moriae* de otro; puede que el caso esté mejor explicado al asumir que es una frustración a los deseos de un hombre en particular lo que ocasiona el aumento del amor propio y con ello la eclosión de una nueva *moriae*. De ser así, valido sería el enunciado de que solo el inconforme por falta de satisfacción a sus deseos y necesidades en una *moriae* instituida es quien hace germinar otra *moriae*. En este sentido, Freud (Confirme Báez, 2009, págs. 13-60) estaría dando una explicación mucho más precisa al fenómeno de la *moriae*, pues contempla en la retracción de la libido hacia el yo, esencialmente ese infortunio que le ocasiona una realidad instituida que se le fuerza a vivir.

Y no obstante, los fundamentos de todo *sinthome* se pervierten en manos de sus defensores. La lucha entre el narcisismo, en su favorecimiento del sí mismo por encima de cualquier otro, y el celo por el saber verdadero se solapan en la supuesta asepsia por mantener incólumes los cimientos y las derivaciones de allí posibles. Sin embargo, termina ganando el narcisismo, la más subjetiva subjetividad se impone al final, dejando de lado cualquier rezago de defensa de lo fundamental que pueda amparar un saber. Así las cosas, no hay más enemigo de los fundamentos de un *sinthome* que sus mismos amigos; no existe enemigo externo de un *sinthome*; al no ser de su interés, éste se mantiene lejos de toda disquisición en torno al saber prometido y de sus criterios de verdad y práctica;



pero aquel que ve en él su lugar de existencia, se tornará su más fanático defensor pero con él, también, en su más fiel distorsionador. Fácil concluir, el más acérrimo enemigo de un *sinthome* es el narcisismo; pero sin él, tampoco existiría; por el narcisismo, no hay *sinthome* duradero y sin embargo, por el narcisismo existe todo *sinthome*.

El hombre, en tanto loco, imagina mundos mejores para su existencia; pero en su premura por conseguirlo, no se da cuenta del error de sus elucubraciones existenciales. Imaginan unos hombres aceptando sin ambages las imaginaciones de otros, igualmente, necesitados pero posibilitadores de *sinthomes*. La tendencia al menor esfuerzo en la consecución de satisfacciones existenciales es lo que empuja a los *sinthomes*. En consecuencia, se puede decir que ningún loco logra seducir a otro u otros con su *moríae*, si en esta no encuentran ellos una ilusión de cumplimiento a sus más acuciantes deseos. La seducción desde afuera no funcionaría si no hubiese algo desde adentro que le permita empoderamiento; esas necesidades, esos deseos, esas pasiones que bullen en el interior son los que hacen posible entronizar una *moríae*. Es por esto que los *sinthomes* que más tienen riesgo de éxito en su aceptación y colectivización son aquellos que promocionan satisfacción y holgura, en conjunto o por separado, en vida eterna, en el amor, en la economía y la riqueza, en la seguridad física, en necesidades básicas, en la ociosidad, en el recuerdo eterno, en los peligros diarios que acechan la existencia, en la guerra, en la fortuna, en lo impredecible, en el



reconocimiento público. Así, la *moriae* que ofrezca una vida eterna, el amor incondicional, el reconocimiento personal, dinero a montones, fortuna, éxito en los negocios, liberación de los males físicos, satisfacción de las necesidades corporales, apartamiento del trabajo, veneración perpetua, inmunidad ante el ataque del medio y con lo impredecible, triunfo en la confrontación, cuenta con toda la potencialidad para ser aceptada colectivamente.

Ningún mortal que hable se salva de estar loco. Erasmo (1511/1975, pp. 192-214), ya puso especial cuidado en la *moriae* de los sabios; no se le escaparon a la picota de la *moriae*, los maestros, por su narcisismo, su miserable existencia, su falso saber, su mutua adulación y su acérrima crítica a sus contradictores; los poetas y escritores, ídem de lo anterior, por lo frívolos, por su deseo de inmortalidad, su masoquismo, ser fantasiosos y plagiaros; los eruditos en las leyes, por no apartarse de la mera habladuría, la opinión y la controversia; los filósofos por su prepotente convicción de ser dueños de la verdad última y su construcción delirante de mundos posibles cuando la realidad los muestra realmente ignorantes, su falta de autoconocimiento y el desprecio por los demás mortales; a los teólogos, por prepotentes, por severos, rencorosos con sus detractores y su falsa erudición. Se necesita estar loco para ser maestro, poeta, abogado, filósofo o teólogo. Pero en la actualidad la lista podría continuar con aquellos que asumieron que en la ciencia que emana de los sentidos, habría una protección contra la *moriae*; loco es también aquel que asume que la verdad



última se resguarda en la seguridad que otorga la sensualidad; tan engañados como los anteriores y características tan similares, se descubre el científico que pone su fe en las verdades observadas; la materialización del mundo es tan loco como cualquier otro intento de atrapar lo real a partir de otros métodos, arbitrarios de entrada. Buenos intentos, buenos delirios son los que se tienen al final de recorrer el camino hacia la verdad absoluta; Infinidad de métodos propuestos y asumidos y que no por seguirlos nos escudan del error, la ilusión y el delirio. Puede ser buen corolario, que el seguir normas para el conocimiento sin la menor reflexión es el comienzo de la *moriae*; así y por bienintencionadas que sean éstas.

Pero en algo sí se equivocó Erasmo, creyó que había un grueso de hombres no locos, que poco o nada afectaban la sociedad de los humanos. A esos hombres sabios, a los que les endilgó cordura y ausencia de *moriae*, habrá que incluirlos ahora en la categoría de locos que no logran afectar en gran medida los negocios de los hombres. En todo sabio un loco, pero no en todo loco una *moriae* que se colectiviza, que es asumida por un resto de hombres. Y hemos de ubicarlos también en la categoría de locos porque no es tan cierto que no logren afectar los negocios de los hombres; todo sabio, tarde que temprano, mucho antes que después, logra hacer de su delirio un discurso que resquebraja lo instituido; alterar la forma de relación entre los hombres. Para el ejemplo, los epistemólogos de la ciencia, los grandes genios de la economía o los eminentes promotores de la felicidad humana. Es de considerar que el gran error de Erasmo fue creer que



quien vivía en la *moriae* era el creador de la misma; los *sinthomes* son de sabios, esto es, de aquellos que logran destituir lo existente; pero la gran mayoría de los mortales prefieren vivir la *moriae* de estos genios productores de *sinthomes*; vivir en *sinthomes* ajenos antes que crear su propia *moriae*. Si algo justo se puede enunciar es que existen locos que viven su propia *moriae* y locos que viven en una *moriae* ajena.

En esta línea, Erasmo, (1511/1975) al igual que Freud (1927/1985), y todos los enciclopedistas, asume una *moriae* más; asumir que la ciencia, esto es, el conocimiento se opone a la *moriae* misma. El verdadero sabio no era un loco por tenía el verdadero saber; el loco se caracterizaría para ellos precisamente por su inconsciencia, por su falta de conocimiento e incapacidad de razonar. Y no obstante a su falta de conocimiento, el loco era catalogado de inteligente en su actuar; el loco podía cometer errores contra y por ausencia de la razón y el conocimiento, y sin embargo éstos eran compensados por su buen actuar. Pero la *moriae* de Erasmo va más allá y corrige; mientras Freud asume que la religión es una ilusión y la ciencia no, Erasmo asume que se necesita estar loco, adolecer de conocimiento verdadero, para poder asumir en su rigor la práctica religiosa. Con prueba en mano, muestra como la *moriae* es un valor en sí mismo para que el hombre pueda asumirse digno seguidor y representante de Dios. Sobra enunciar que acá se quiere ir mucho más allá, afirmando que eso que Erasmo, el enciclopedista y Freud sostuvieron como lugar de emergencia del conocimiento



verdadero, la ciencia, es, igualmente, otra *moriae* insostenible como veraz pero sí con el mismo talante y necesidad de fe más que de razón para desarrollar una práctica social, como antes lo fue la religión.

Corolario

Todo ser que habla, tiene la particularidad de hacer veraz su *sinthome*; siempre está presente la posibilidad de ajustarlo a las conveniencias de las verdades asumidas de manera subjetiva; mediante el uso de un disyuntivo o un conjuntivo, dos sentencias se pueden acomodar en un mismo *sinthome*, creando cierto dejo de consistencia y coherencia, así aparezcan por separado como las más dislocadas. Mediante estos copulativos, se evita cualquier negación, afirmación o contradicción tajante. Un simple –y-, un simple –o-, hará posible articular dos enunciados, haciéndolos consistentes en un *sinthome* que permita sustentar una verdad sostenida a priori desde la más escueta subjetividad y el más puro deseo particular de un sujeto. El real se edita, seleccionando los enunciados justos y las percepciones justas para seguir enriqueciendo el *sinthome*; el real se edita, descartando otros enunciados y otras percepciones que no se corresponden con lo deseado y las verdades sostenidas. Es falaz afirmar que un *sinthome* se sostiene en la autenticidad de lo percibido; pues lo percibido se desvía de lo que pueda ser la genuina percepción para poder sostener enunciados soportados con antelación por un *sinthome*. Por eso y sólo por eso,



debería dejarse de una vez por todas de hablar y escuchar desde la verdad. Por ello mismo debería hablarse de la utilidad y el pragmatismo, pero en contexto, como bien lo hicieron Jeremías Bentham y William James y todos aquellos que se han encontrado con la barrera infranqueable de la verdad para el ser que dice caracterizarse por poder conocer. ¿Pero cómo no llegar al punto de decir cualquier cosa, a dar por válido cualquier *sinthome*, cuando la verdad se diluye, cuando la verdad nos es esquiva? Llegado el momento, al mirar en su conjunto, esa aparente consistencia muestra sus puntos de quiebre. Así, el referente se tornará hacia lo práctico y lo útil, hacia lo consistente y lo coherente en términos de la totalidad y no de las parcialidades. Lo útil, lo práctico, lo consistente y lo coherente debe ir encaminado al todo del *sinthome* y al todo de la práctica vital ocasionada. No todo vale porque se nos descubra en principio útil, práctico, coherente y consistente; la validez se la da la prueba de extensa totalidad; la invalidez, en la poca cobertura para una existencia. La validez que pueda brindar la consistencia de un *sinthome* entre el real, la imagen y el símbolo para la existencia humana y que pueda descollar sobre los otros con igual pretensión.



Referencias

Báez, J. (2009). Breve historia de la psicosis en la concepción de Sigmund Freud.

(pp, 13-60). En Jairo Báez et al., *Cuatro documentos desde el psicoanálisis sobre la investigación de la psicosis en Colombia*. Fundación Universitaria Los Libertadores. Fondo Editorial: Bogotá.

Bentham, J. (1776/1985). *Fragmento sobre el gobierno*. Sarde: Madrid.

Erasmus de Rotterdam. (1511/1975). *Elogio a la locura*. Bruguera: Madrid.

Freud, S. (1905/1985). El chiste y su relación con lo inconsciente. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Amorrortu: Buenos Aires.

Freud, S. (1914/1985). Introducción al narcisismo. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Amorrortu: Buenos Aires.

Freud, S. (1915/1985). La represión. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Amorrortu: Buenos Aires.

Freud, S. (1927/1986). El porvenir de una ilusión. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Amorrortu: Buenos Aires.

Heidegger, M. (1927/2010). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica: México

Lacan, J. (2006). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 23: El sinthome (1975-1976)*. Paidós: Buenos Aires.

Lacan, J. (2006). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las Psicosis (1955-1956)*. Paidós: Buenos Aires.



Revista Borrromeo N° 6 – Julio 2015

<http://borromeo.kennedy.edu.ar>

revistaborromeo@kennedy.edu.ar

ISSN 1852-5704

Nietzsche, F. (1883/1986). *Así habló Zaratustra*. Planeta-Agostini: Bogotá.